



'Cruces de Mayo'

Estamos en el mes de las flores. El ciclo primaveral de cantos a las costumbres y a las cuestiones que albergan tantas y tantas tradiciones, que subyacen en la memoria de lo que vivimos y oímos contar. Llegó ese mayo pléotrico de aranceles de alegrías, de cuajos de sueños embelesados, de cantos que nacen del fondo del alma y se quedan bajo las alas de las penumbras de nuestros sentimientos. Y entre el olor de las flores que se abren como almas puras, los colores de sus pétalos, y los tallos verdes con sus espinas, vamos componiendo esas rimas internas de los poemas de nuestra particular historia. Vino mayo; y con él, la alegría inédita y la risa impercedera, la costumbre revivida, hecha otra vez más palpable actitud de gozo y felicidad, durante los treinta y un días de este quinto mas del año. Su nombre se ha conservado en los principales calendarios de las lenguas germánicas y románicas, tomándolo del latín "*maius*", que a su vez viene de "*Maia*", aquella divinidad que se decía era hija de Fauno y mujer de Vulcano, hija de Atlas y madre de Hermes. Es ese mes que los romanos consagraron al dios Apolo, representado por la figura de un hombre con una canasta de flores en la cabeza. Mes de las "*Cruces de Mayo*".

Esto es la época del amor, del canto a ese sentimiento eterno y universal que une a hombres y mujeres, que llena de preciosa beligerancia romántica los actos de atracción, conquista y declaración de querencias y querer, de suspiros entrecortados. De toda la luz del alba de la pasión; esa inclinación, o preferencia muy viva de una persona a otra, que concreta su idealización cuando, entre la noche del treinta de abril al uno de mayo, los mozos rondaban las casas de las mujeres de su pueblo. Cantaban las *mayas* o *mayos*, esas canciones de amor que hablan de la llegada de la primavera, de la ilusión de querer, de las virtudes y perfecciones de cada una de las muchachas mozas, aquellas de las que cada uno quería convertirse en único dueño y señor:

*"Ha venido mayo,
bien venido sea,
para que galanes
cumplan con doncellas".*

Todo esto formaba parte de la "*Fiesta de Mayo*", restos de un culto ancestral a la fecundidad, como motivo y celebración de poder volver a recuperar esa vida que permaneció latente durante el invierno. Y en todo ello, había esa

carga hermosa del galanteo varonil, dicho de distintas y bonitas maneras; siempre con una expresión poética que interfería, con la belleza consecuente, la normal ronda de la medianoche. Cuando los jazmines dejan que su aroma llene el ambiente de embrujo y produzcan en el enamorado, el alarde de sus sentimientos. Esta bonita y singular tradición, se ha ido perdiendo en las costumbres de muchos pueblos, aunque en algunas localidades españolas, siguen existiendo entre el deseo de aquellos que no quieren que se extinga. Generalmente en los pueblos de las serranías, juntamente con la costumbre de las *enramadas*, o sea, poner ramas y flores en las ventanas o puertas de las casas de las muchachas solteras o novias, al mismo tiempo que se acompaña el canto de los mayos, con esa poesía de tradición alusiva al acontecimiento, que va llenando de carga preciosa, de ardor sincero, los corazones que se abren como las flores.

El día uno de mayo, desde sus primeros albores, se dedica a cantar a la Virgen los mayos, esas canciones a lo divino, ofrecidas no solo con la palabra y la música, sino con la danza. Bailan hombres y mujeres, entregan su oración en cada uno de sus movimientos, y llenan los espacios de los oídos de quienes les escuchan, de algo más allá de lo

prosaico y constante. Es muy conocida y muy tradicional la típica fiesta del primer día del mes de mayo en el Santuario de la Virgen de Cortes, donde se le dedican por todos los romeros, esas danzas y cantos que van enervando el espíritu de quienes participan de manera entera y contundente, bailando incluso la imagen conforme se va circunvalando el perímetro de los edificios de la ermita. Aunque ya casi inexistente, también se aprovechaba esta fecha para realizar el ofrecimiento de los amigos y vecinos, a aquel que había recibido órdenes sacerdotales y había cantado misa: eran los llamados *mayos de cantamisas*.

Nuestras costumbres y tradiciones, son tan amplias y hermosas, tan innegablemente peculiares, que podrían ir llenando día a día el calendario de nuestras vidas. Y siempre habría causa y motivo para ir ensanchando la mirada y el gesto hacia los cielos que nos cobijan, festejando de la manera más sencilla y humana, esos dones de Dios. Mayo, ese mes de las flores, el del aroma a vida nueva, ha llegado, ha venido en su carro de felicidades inéditas. Celebrémoslo cantando y llenando nuestra cotidianidad, con la alegría que le concierne por los méritos de su momento.

La Fiesta de Mayo son los restos de un culto ancestral a la fecundidad, como motivo y celebración de poder volver a recuperar esa vida que permaneció latente en el invierno



Martín
Giménez
Vecina